

Epifanía – La salvación para todos

La fiesta de Epifanía (“Manifestación”) nació en Oriente, referida al Bautismo del Señor. Pero en Occidente, en su forma actual, se identifica con la Visita de los Magos, la que denominamos familiarmente “la Fiesta de los Reyes”, lo cual se explica no sólo por la popularidad de esta historia sino, sobre todo, porque ella ayuda a interpretar el Misterio de la Navidad como “manifestación” de la salvación de Dios a los hombres.



Giotto. *La Adoración de los Reyes Magos*. 1302. Capilla de los Scrovegni. Padua.

En efecto, como recordamos todavía en el segundo domingo de Navidad, “la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”. Se hizo “carne”: no sólo asumió nuestra condición humana, sino una humanidad *como la nuestra* –con toda su limitación, debilidad y fragilidad– en todo menos en el pecado (que no es parte de nuestra naturaleza). A partir de ese momento, como repetimos en la liturgia de estos días, “lo invisible de Dios se hizo visible”, Dios asumió un rostro

humano, el de un niño como cualquier otro, “un hombre cualquiera” (Filipenses 2). De este modo, todo ser humano, en principio, es capaz de reconocerlo y comprenderlo. Así, la salvación de Dios se manifestó a todos los pueblos (otra idea que repetimos con insistencia en las liturgias de estos días).

El relato sobre los Magos de Oriente debemos interpretarlo en relación con esta manifestación de la Palabra. Se trata de sabios que cultivaban la observación de los astros en busca de signos relacionados con el desarrollo de la historia humana. Ellos encontraron la estrella que los condujo hasta el Mesías, la cual representa la providencia divina que guía a todos los pueblos al encuentro con Cristo.

A continuación, en la imaginación popular, esta historia se llena de detalles pintorescos. Los Magos pasan a ser reyes, que vienen en camellos y dromedarios (por influencia de textos del Antiguo Testamento como los que encontramos en la liturgia de hoy), se les asigna un número (tres), un nombre a cada uno y características que los distinguen entre sí: se suele representar uno como joven, otro como hombre maduro y otro como anciano; uno como

europeo, otro, medio oriental y un tercero, africano (los tres continentes conocidos en esa cultura). Imaginar a tres Reyes venidos de lejos que se postran ante un niño recostado en un pesebre y que le ofrecen sus ricos regalos es una imagen insuperable de humildad ante Dios, el reconocimiento de que “la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres” (1 Corintios 1,25). Aunque distintos agregados que han pasado a formar parte de esta historia en la imaginación popular no tengan apoyo en el Evangelio, refuerzan, con todo, su mensaje central: la salvación de Dios es ofrecida a todos los hombres.



Rembrandt, *La adoración de los Magos*, 1632, Hermitage (detalle)

También la costumbre de hacer regalos a los niños en la Fiesta de los Reyes está en línea con el sentido de dicha fiesta. En los niños intuimos con una fuerza especial el misterio de que Dios haya querido encarnarse y nacer entre nosotros. Los niños pequeños nos presentan esa combinación única

de fragilidad, indigencia, necesidad de amor y protección, junto con toda la potencia y esperanza que acompaña una vida nueva. En ellos encontramos la alegría, la pureza y la inocencia que los mayores anhelamos alcanzar o recuperar. Cuando les hacemos regalos, mostramos nuestro amor por ellos, pero también, como creyentes, descubrimos un reflejo especial del misterio de la Encarnación. Como los Magos, nos postramos ante el Niño Jesús, en cuya debilidad se manifiesta toda la fuerza de Dios.

De este modo, la celebración de la Epifanía nos enseña a encontrar a Jesús en los pequeños de este mundo, en los débiles, los que no son tenidos en cuenta. Nuevamente nos hallamos ante la universalidad de la salvación. Como hemos dicho, Dios ofrece su salvación a todos los pueblos, de toda raza o cultura, e incluso de todas las religiones –ya que la fe en Cristo es capaz de llevar a su plenitud las “semillas” de vida que Dios ha sembrado en ellas–. De la misma manera, Dios llama a todos los hombres, cualquiera sea su condición social, su situación existencial, su historia de errores y pecados, fracasos y frustraciones: para todo el que quiera abrir sus ojos, siempre brilla la estrella que quiere guiarlos al encuentro de Cristo.

De este modo, la fiesta de Epifanía nos renueva en la esperanza de que, aun en medio de las oscuridades de este mundo, Dios nos guía al encuentro con su Hijo, y nos ayuda a despojarnos de todos los prejuicios y reparos que impiden que nuestro amor, a semejanza del amor de Dios, sea realmente universal.